

# Hallazgos arqueológicos y fases del poblado

## 1. PRIMEROS TESTIMONIOS

Los restos más antiguos en el solar de La Custodia han sido encontrados recientemente por L. Arazuri. Se trata de un lote de materiales homogéneos: cantos tallados, hendidores y un bifaz (Fig. 37), fabricados en cuarcitas, y actualmente en estudio por J. Armendáriz. Se pueden adscribir al Achelense Superior, entre el 200.000 y 80.000 a. de C., como otras series que están apareciendo en zonas aledañas al Ebro<sup>1</sup>.

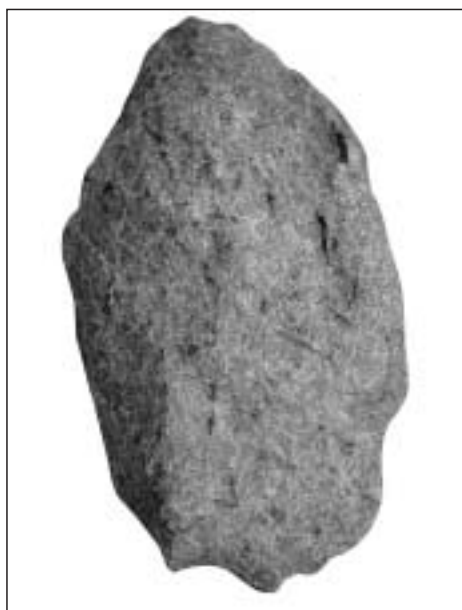
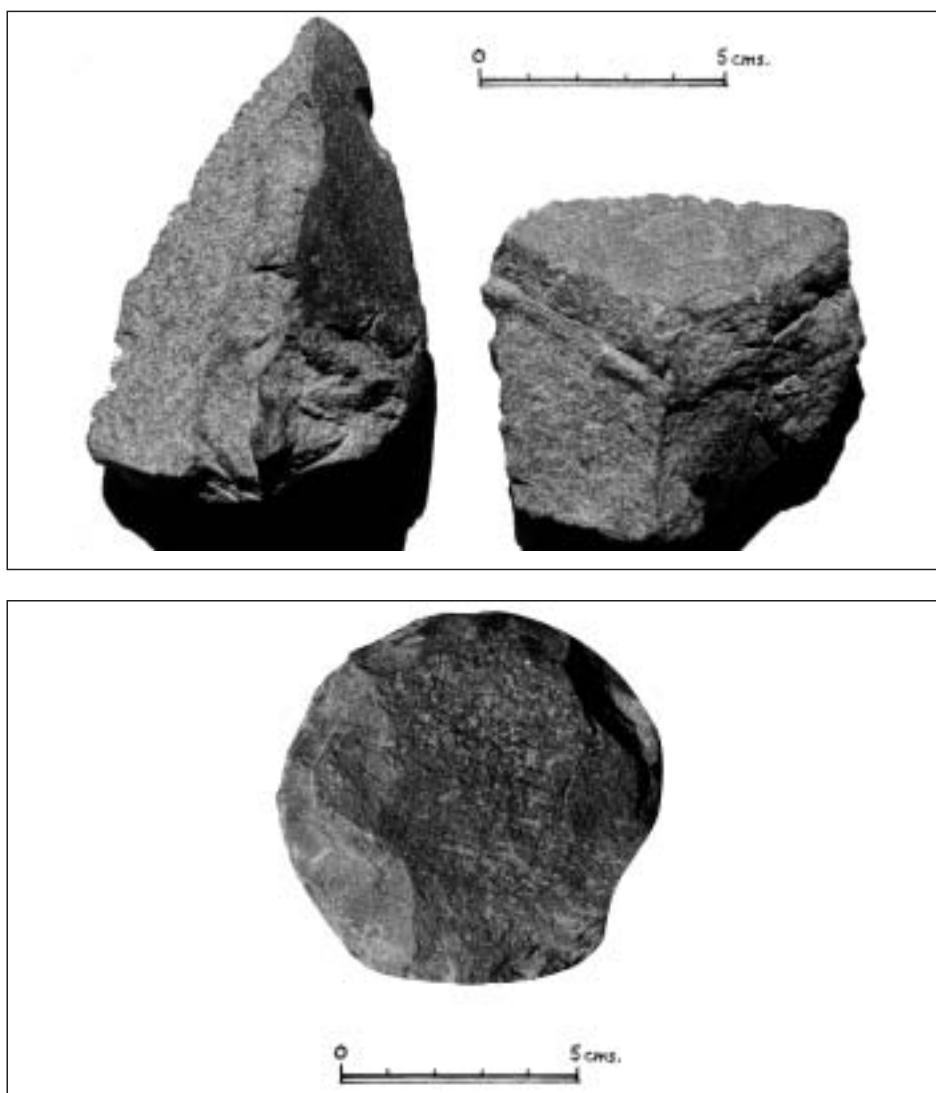


Fig. 37. Bifaz paleolítico.

<sup>1</sup> Agradezco a los Sres. Arazuri y Armendáriz el poder incluir dichos materiales en este estudio.

Otros restos, ya conocidos desde hace años, parecen remontarse al Paleolítico Medio (50.000 a. de C.). Se trata de un lote de ocho lascas de cuarcita que forman tecnológicamente un conjunto homogéneo. Fueron recogidos al suroeste del yacimiento junto a los riachuelos.

Destacamos dos de ellas de tamaño mediano, gruesas y anchas, de las que una ofrece forma y sección triangular, conserva córtex en el dorso y en el talón plano con ángulo de fractura oblicuo y presenta en sus bordes retoques. La otra, con pequeño dorso cortical, tiene talón plano y ángulo de fractura oblicuo. A estas piezas se añade un disco de cuarcita verdosa tallado en un canto rodado, conserva el talón cortical y ofrece en ambas caras planos tallados y el borde circular de retoque bifaz con huellas de uso (Figs. 38-40). Su aspecto tecnológico parece apuntar a un conjunto de industrias macrolíticas del Musteriense perteneciente al Paleolítico Medio<sup>2</sup>.



Figs. 38-40. Lascas y disco de cuarcita.

<sup>2</sup> LABEAGA MENDIOLA, J.C., *Carta arqueológica... op. cit.* p. 78.

Durante este periodo el hombre de Neardenthal fue abandonando los bifaces y perfecciona las puntas, raederas y denticulados en cuarcita por ser más tenaz y menos frágil que el sílex. Las piezas líticas pudieron pertenecer a un cazador nómada, cuyo campamento base no estaría demasiado alejado, que adapta su instrumental a la materia próxima de su entorno, por ello utiliza las cuarcitas, y que aprovecha un espacio entre ríos muy adecuado para la caza de grandes mamíferos. El clima fue generalmente templado con heladas poco intensas y características húmedas con predominio de los bosques sobre los espacios abiertos.

Parece que fue Asia la cuna de los hombres de Neardenthal y desde el Próximo Oriente llegó hasta Occidente en torno al Mediterráneo y Centro Europa. Eran capaces de caminar erguidos y su cuerpo se parecía al del hombre actual, excepto en algunos detalles: menor capacidad craneal, cabeza alargada, abultamiento a la altura de las cejas, nariz achatada, pómulos hundidos y mentón apenas resaltado. Este hombre daba sepultura a sus muertos, testimonio de creencias de la vida de ultratumba y de culto a los muertos. Su economía fue puramente destructiva, basada en la recolección de alimentos vegetales, la caza y la pesca, y ya conocía perfectamente la forma de obtener el fuego a voluntad.

Las culturas del Paleolítico Medio se desarrollaron en el Pleistoceno Superior, cercano al interglaciador Riss-Würm y primera parte de la glaciación wurmiense (Wurm I y II). En la Europa Occidental está presente la llamada cultura musteriense cuyo protagonista fue el *Homo Sapiens neardenthalensis*. Las fechas propuestas para este periodo oscilan entre los 100.000 y 35.000 años a. de C.<sup>3</sup>.

Muchos siglos después, mediados del III milenio a. de C. en el periodo llamado eneolítico o calcolítico se produjo el uso de los primeros metales y se aplicó esta tecnología a útiles ya conocidos como hachas y puntas de flecha, aunque también se siguieron fabricando herramientas líticas pulimentadas, como las hachas.

Las puntas metálicas de tipo Palmela son uno de los tipos más característicos de la llamada Cultura Campaniforme en la Península. El ejemplar aparecido, al parecer de bronce, tiene la hoja alargada y estrecha de sección lenticular y el pedúnculo muy largo de sección rectangular-cuadrada (Fig.41). Estas puntas metálicas, de amplia difusión en la Península Ibérica, evidencian relaciones externas e intercambios comerciales procedentes del sur y del oeste principalmente, y suponen afluencias migratorias. Cuando aparecen en ámbitos funerarios, estas piezas son un elemento de prestigio. Como fecha más tardía se les adjudica el 1500 a. de C. En la Cueva de los Husos (Álava) una punta de tipo Palmela aparecida en el nivel II B3, correspondiente al Bronce I, datado por el C-14 1970 ± 100 a. C., es una fecha muy alta, la normal es hacia el 1700 a. de C.<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> BARANDIARÁN MAESTU, I., "Antecedentes prehistóricos de Euskal Erria. Bases estratigráficas". // *Congreso Mundial Vasco. Historia de Euskal Erria*, vol. I, Estella, 1988, p. 24.

<sup>4</sup> APELLÁNIZ, J.M., "El grupo de los Husos durante la prehistoria con cerámica en el País Vasco", *EAA*, VII, Vitoria, 1974, p. 340.

Encuadrable en estas fechas también puede considerarse una punta de flecha metálica, al parecer de bronce, realizada a molde, con la hoja triangular de bordes redondeados y aletas de sección lenticular y corto pedúnculo (Fig. 42). Suelen datarlas hacia el Bronce Medio, entre el 1500 y el 1200 a. de C.

Pertenece, por lo menos, a la cultura eneolítica es un lote de cinco hachas líticas pulimentadas de muy diversos tamaños, desde 10 a 3 cms. de longitud, realizadas en distintas piedras tenaces. Destacan por la perfección de su factura y hay que ponerlas, sobre todo las de mayor tamaño, en relación con la madera (Figs. 43-45).

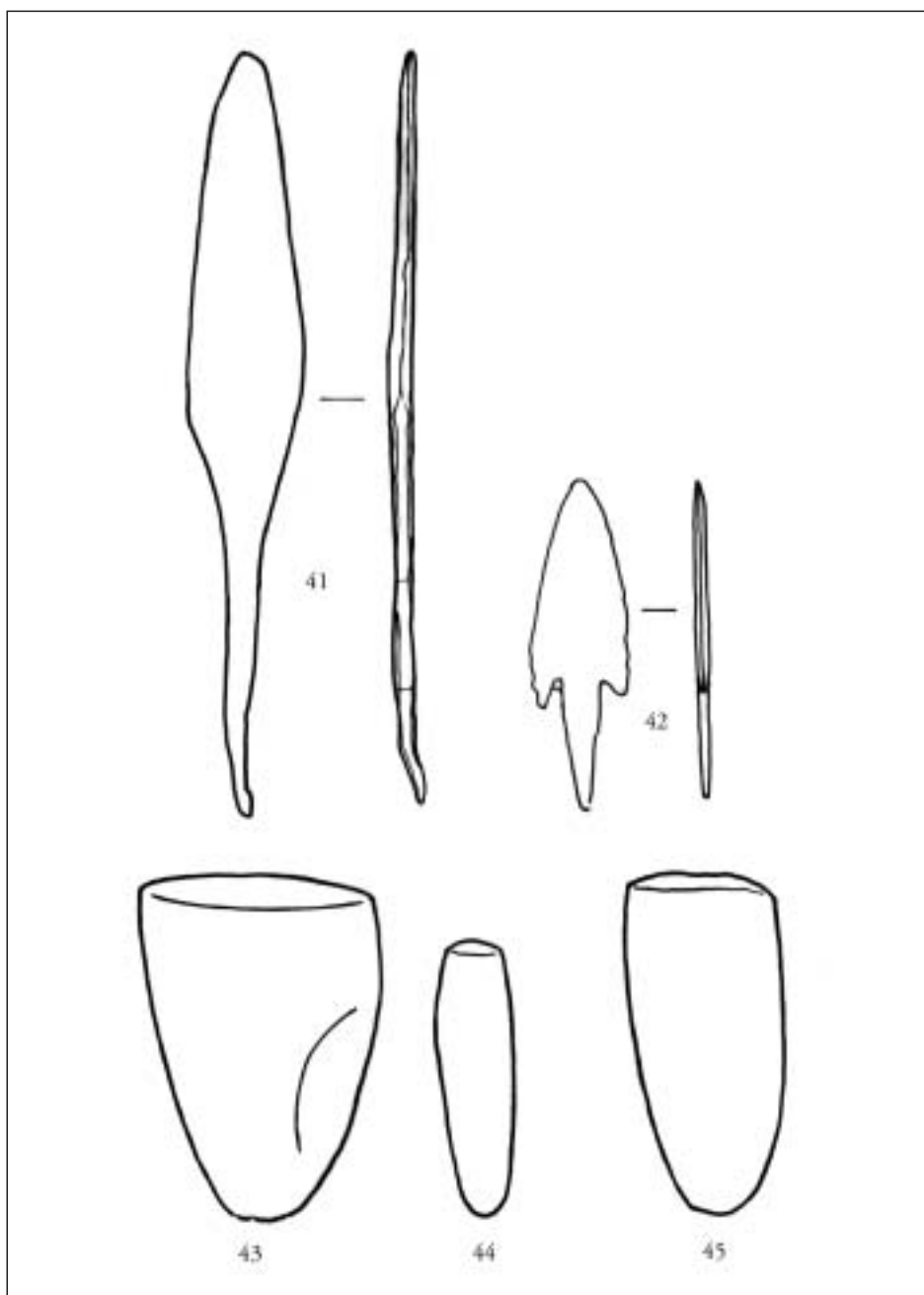
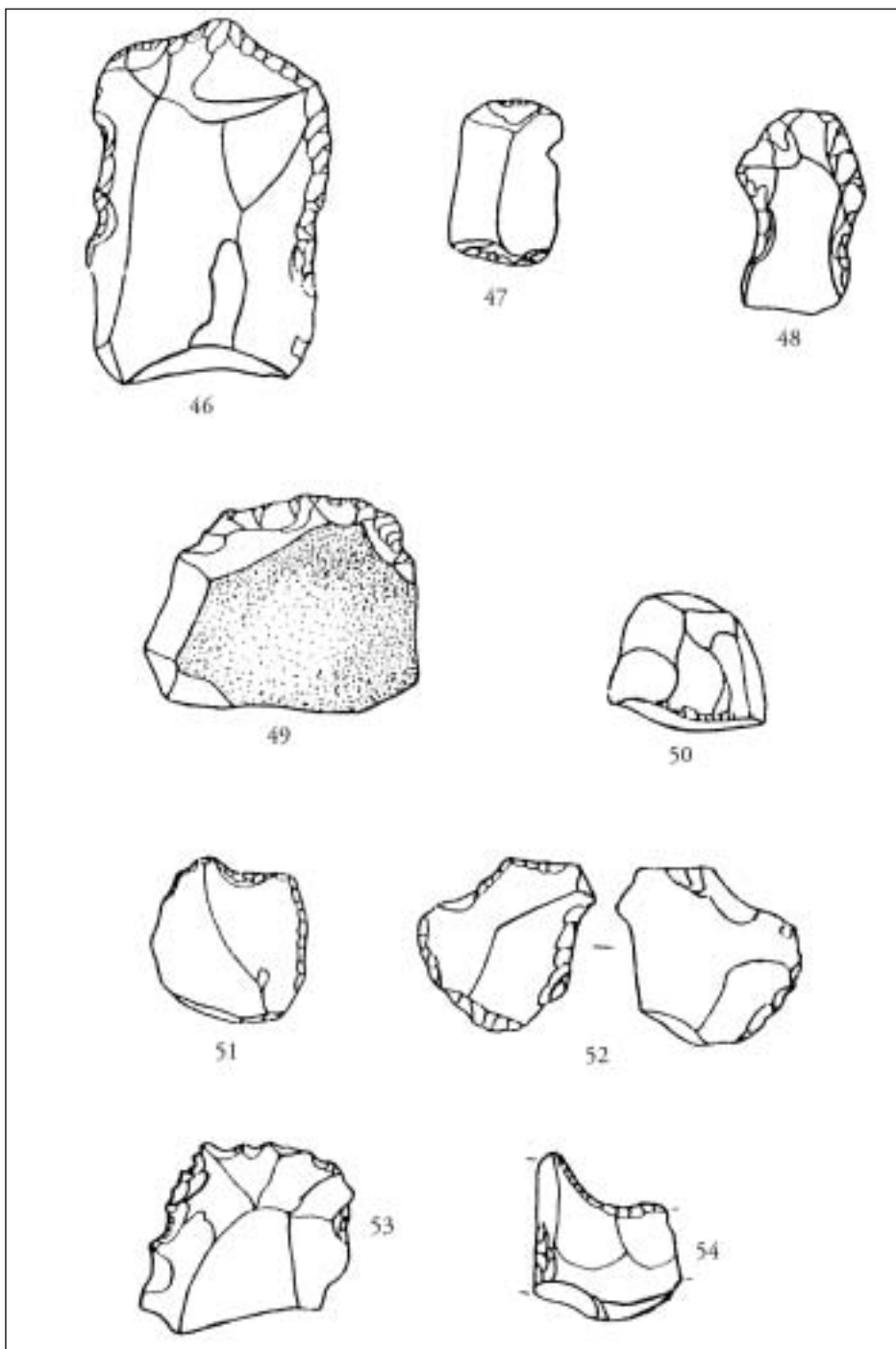


Fig. 41-45. Puntas metálicas y hachas pulimentadas.

Restos de sílex han aparecido esporádicamente por toda la superficie del poblado y forman un lote compuesto por fragmentos pequeños y microlíticos. La materia prima es de diversas calidades y su coloración, con el predominio de tonos grises, abarca también los tonos blancos y algún ejemplar rojizo. Son en su mayoría restos de talla. Fabricaron útiles de pequeño tamaño, que presentan retoques marginales, en algún caso huellas de uso, que hacen pensar en su aprovechamiento como herramientas (Figs. 46-54).



Figs. 46-54. Restos de sílex.

A la vista de estos últimos hallazgos descritos, metálicos y líticos, posiblemente durante la etapa eneolítica, inseparablemente unida al Bronce Antiguo, en una fecha aproximada al 2000 a. de C. se debió de dar la ocupación reiterada y estable de La Custodia por parte del hombre. Las excavaciones lo tendrán o no que confirmar. En el vecino poblado de La Hoya sus niveles de base o inicios del asentamiento urbano se fechan a mediados del II milenio<sup>5</sup>.

Su emplazamiento entre ríos, en tierras llanas, favorecería la explotación de los recursos naturales con una economía de producción: una agricultura, eminentemente cerealista, y el pastoreo de ovicápridos en algunas áreas desforestadas. Para estos momentos, el hombre ya ha domesticado algunas especies animales y continúa practicando la caza. A esto hay que añadir la bondad y seguridad climáticas, bastante similares a la actuales, quizás con más pluviosidad.

Es entonces cuando entre los ríos surge el primer poblado al aire libre, que no ha dejado evidencias, pues debió de consistir en un pequeño núcleo de cabañas o chozas de madera, quizá con algún tipo de desarrollo urbano, organización social y jerarquización. Se ha pasado de unas formas de vida nómadas recolectoras y cazadoras a pastoriles y agrícolas sedentarias.

La explotación de la madera para la construcción de cabañas viene constatada por la aparición de las hachas de piedra pulimentada. Posiblemente fueron algunos grupos procedentes del sur los que introdujeron los avances metalúrgicos que permitieron fabricar en cobre y en bronce las puntas de lanza y de flecha.

Para este periodo parece estar ya definido el tipo racial de habitantes de ámbito pirenaico y del Valle del Ebro, zona que nos ocupa; coexisten substancialmente los tipos pirenaico-occidentales o vascos y los mediterráneos gráciles y algunos otros mucho más minoritarios.

A partir de aquí, Bronce Final entre 1200-850 a. de C., y dados los materiales arqueológicos hallados, se va a constatar una permanente ocupación del poblado de La Custodia que a través del Hierro I y II llega hasta los tiempos históricos de la Romanización.

## 2. LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO. HORIZONTE CÉLTICO BERÓN

La población sedentarizada en La Custodia ya en la Edad del Bronce se vio incrementada en la transición del segundo al primer milenio a. de C. por el aporte poblacional indoeuropeo que configuró, sobre la base indígena, una nueva etapa cultural, que llamamos Edad del Hierro I. Cronológicamente abarca en Navarra aproximadamente desde el 700 al 350 a. de C. No obstante, hay una tendencia a retrasar esta cronología hasta el siglo V a. de C. en los comienzos de la II Edad del Hierro<sup>6</sup>. El inicio de esta nueva etapa se de-

<sup>5</sup> LLANOS, A., "El poblado prerromano de La Hoya, hábitat protohistórico en Álava", *Rev. Arqueología*, año, 2, nº 10, Madrid, 1981; "La Hoya, un poblado de la Edad del Hierro", *Los celtas en la Península Ibérica*, Madrid, 1991, pp. 110-113.

<sup>6</sup> Las fechas bajas son las propuestas por Maluquer para Cortes. MALUQUER DE MOTES, J., *El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra. Estudio crítico*, vol.I, Pamplona, 1958. Ver también ALMAGRO GORBEA, M., "Nuevas fechas para la historia y arqueología peninsular", en *Trabajos de Prehistoria*, 30, Madrid, 1973, pp. 317 y 318.

be a los movimientos de pueblos llamados centroeuropeos; en una primera oleada, entre el 1100 y el 900 comenzaron a entrar los primeros grupos en la Península Ibérica por los diversos pasos de los Pirineos orientales, y se asentaron en Cataluña dando lugar a la llamada “Cultura de los Campos de Urnas” y, más tarde, llegaron al Ebro, a la Llanada Alavesa y a la Meseta.

Hacia el siglo VIII a. de C. se produjo la segunda oleada de inmigrados europeos, de menor intensidad que la anterior, a través de los Pirineos Occidentales, ocuparon el Valle del Ebro y desde su margen derecha alcanzaron la Meseta.

El fenómeno migratorio indoeuropeo es muy complejo y está continuamente sujeto a una profunda revisión por parte de los estudiosos del tema. Con palabras del profesor J.A. Sayas: “Con todo, parece factible, hoy por hoy, describir este proceso como una serie más o menos ininterrumpida de infiltraciones llevadas a cabo por grupos humanos diversos dentro del conjunto que llamamos un tanto convencionalmente indoeuropeo, los cuales se habrían ido extendiendo lentamente por diversos lugares, protagonizando hechos de asentamiento y reasentamiento, en razón de circunstancias y factores en cierto modo aleatorios y en general difíciles de establecer para cada caso en concreto. En consecuencia, algunos de los asentamientos deben ser el resultado de inmigraciones directas desde el otro lado de los Pirineos, mientras que otros podrían obedecer a fenómenos de expansión de gentes tempranamente asentadas”<sup>7</sup>.

Parece pues, que más que hablar de invasiones con grandes desplazamientos demográficos y de largas distancias, hay que señalar que debió de tratarse de infiltraciones con movimientos de cortas distancias. “Estas infiltraciones se asentarían e integrarían entre los grupos humanos que conformaban la base del poblamiento estable”<sup>8</sup>.

Algunos han atribuido a estas invasiones un marcado carácter militar, dado que se fortificaron en lugares estratégicos y levantaron castros. Pero no siempre escogieron estas gentes emplazamientos con fáciles defensas naturales en altozanos, porque el terreno llano de La Custodia, entre ríos, contradice en este caso tal teoría. Lo mismo sucede en Cortes y en La Hoya. En otros casos como Sorbán, Calahorra, rodearon el asentamiento de un sistema de potentes murallas y de fosos.

Por el contrario, muchos de estos grupos, de acuerdo con su tradición y hábitos agrícolas, buscaron y se situaron en zonas abiertas, amplias y soleadas, muy cerca de los cursos de agua, donde poder desarrollar una agricultura preferentemente de tipo cerealista. Por ello, son más numerosos los asentamientos en la Ribera y Zona Media de Navarra que en la Montaña.

Por lo que a La Custodia se refiere, y según los materiales arqueológicos, nuevas gentes escogieron este poblado para su asentamiento, sin tener que desterrar a la población preexistente hacia otros lugares menos productivos. Es más razonable pensar que se superpusieron, ocuparon y compartieron este mismo poblado con las gentes indígenas enraizadas culturalmente en la

<sup>7</sup> SAYAS, J.J., *Los Vascos en la Antigüedad*, Madrid, 1994, p. 52.

<sup>8</sup> BURILLO MOZOTA, F., *Celtiberos: Concepto e identidad étnica*. Lección magistral, 17 octubre 1995. Campus Teruel. Universidad de Zaragoza, p. 28.

Edad del Bronce, sin separación territorial y sin arrinconamiento. No es un fenómeno aislado. Durante la I Edad del Hierro se van a desarrollar poblados ya existentes en la etapa anterior del Bronce: El Redal, Castillo de Henayo, Cortes de Navarra, El Castillar de Mendavia.

Ello traería como consecuencia que ambas poblaciones distintas étnica y culturalmente sufrieran influencias mutuas y novedosas transformaciones, iniciándose un proceso integrador de las dos culturas y de las dos etnias. Es imposible determinar el contingente humano de ambas poblaciones, indígena y foránea, ni su reacción sociológica, o si hubo choque de intereses o conflictos, y ni tampoco el grado de indoeuropeización que se logró, pero las consecuencias a la larga fueron importantes.

La cultura del poblado de La Custodia se enlaza, a partir de un momento impreciso, dentro del círculo cultural del Hallstatt, que es una de las realizaciones europeo-occidentales de la Primera Edad del Hierro. El nombre procede de un yacimiento situado en Austria, cerca de Salzburgo. Lo que caracterizó a este grupo cultural fue el uso del hierro, sus costumbres funerarias, en concreto la de incinerar a sus muertos y depositar bajo tierra las cenizas en urnas funerarias, y las formas de adornar la cerámica fabricada a mano, todo lo cual supuso una gran novedad respecto a las prácticas anteriores.

Utilizaron el caballo y el carro como medio de conquista. Su lengua fue indoeuropea y celta. Al pueblo portador de esta cultura hallstática se le designa con el nombre de indoeuropeo y, dentro de sus variadas ramas, la que vino a España, según los escritores de la antigüedad, fueron los celtas. Con la Primera Edad del Hierro, los habitantes del Valle del Ebro entraron en relación con los celtas.

Todo ello influyó poderosamente en los aspectos económicos y sociales, en la organización de vida, en el urbanismo. Pero estos cambios no debieron de ser muy rápidos sino progresivos y no demasiado drásticos, como ruptura con todo lo anterior, pues la sociedad del Bronce estaba evolucionada y evolucionando progresivamente, debido, sobre todo, a los influjos del sur peninsular, del este y de Cataluña, a través del Ebro. Aun con todo, el substrato indígena no solamente fue meramente pasivo y sojuzgado por los invasores, sino que ha de ser valorado positivamente.

Resulta complejo determinar lo que sucedió en la I Edad del Hierro en La Custodia, pues las referencias son escasas, así como pocos los hallazgos arqueológicos, propios de este periodo, por estar en niveles profundos a salvo de las operaciones agrícolas y a falta de excavaciones de cierta envergadura. No obstante, tratamos de intentar explicar cómo los materiales arqueológicos registran la llegada de las gentes transpirenaicas, y de valorar estos hallazgos, su contenido y significado. El cambio cultural se procura relacionar a través de unas nuevas gentes establecidas en el territorio; las fuentes clásicas las llamaron berones y tomaron parte en la emigración céltica (Estrabón, III, 4, 12).

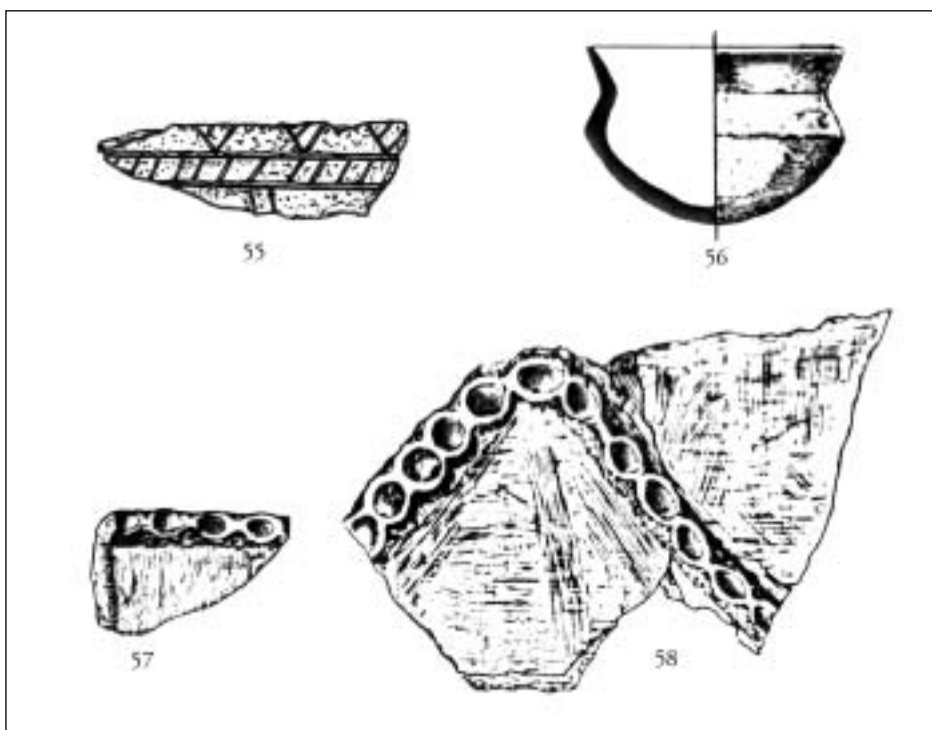
Durante este periodo, la población debió de extenderse, a juzgar por los restos cerámicos, sobre una mayor superficie que en las etapas anteriores. No podemos delimitar el espacio ocupado, pero sí que fue mayor, aunque no alcanzó la total superficie entre ríos hasta la época inmediatamente posterior llamada celtibérica.

La arquitectura doméstica, según los materiales recogidos, fue progresando en solidez y complejidad, y las cabañas con tierra y vegetales dieron paso a un tipo de vivienda generalizado en el valle del Ebro, Cortes, Mendavia, La Hoya, etc. de planta rectangular, compartimentada en varias estancias, con



zócalo de piedra, muros de tapial y adobe y cubierta vegetal de troncos o pies derechos, que se adaptaron a la topografía del terreno.

La cerámica es un elemento cultural muy característico para definir este periodo. Únicamente ha aparecido en el poblado un fragmento de cerámica excisa negruzca con estrías paralelas y triángulos invertidos que tal vez podría proporcionar unas fechas de los siglos VII-VI a. de C. (Fig. 55). Por el contrario, ha proporcionado abundantes cerámicas realizadas a mano, sin torno, cocidas en fuego reductor en hornos de baja temperatura. Su aspecto es tosco, con decoraciones de apliques de cordones e impresiones digitales sobre los bordes o mediante líneas incisas. Las hay de superficies alisadas y pulidas y de superficies rugosas. Sus colores son variados: negros, grises, marrones y rojizos. Se trata de una actividad artesanal casera en función de unas necesidades (Figs. 56-58).



Figs. 55-58. Cerámicas a mano: excisa, pulida y rugosas.

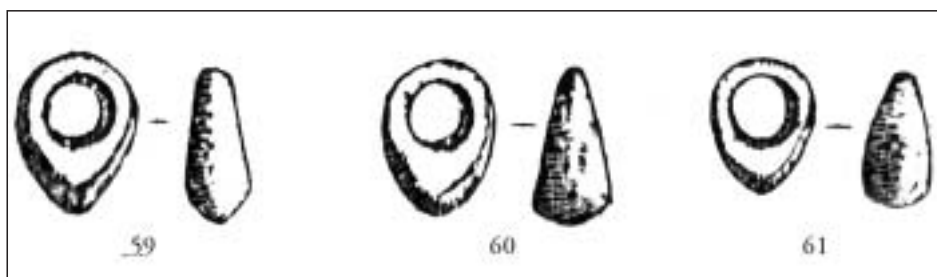
La interpretación cronológica de estos últimos materiales cerámicos no está exenta de dificultades, pues gozaron de tal supervivencia, que se siguieron manufacturando en siglos posteriores y además su tipología no siempre proporciona una cronología segura. No obstante, estas vasijas evocan un origen centroeuropeo, datables en su origen hacia el siglo V a. de C. y encuadrables culturalmente en la I Edad del Hierro.

De las dos zanjas realizadas por A. Castiella, toda la cerámica de la zanja 2, en la zona baja del yacimiento, está realizada con técnicas, perfiles y motivos decorativos típicos de la I Edad del Hierro y no se encuentra asociada a la cerámica fabricada a torno<sup>9</sup>.

<sup>9</sup> CASTIELLA, A., "Estratigrafía en el poblado de la Edad del Hierro...", *op. cit.* p. 237.

Las técnicas metalúrgicas, aunque presentes en la etapa anterior –Edad del Bronce– van adquiriendo un gran desarrollo. Aunque el uso del hierro caracteriza y da nombre a esta época, posiblemente fue al principio muy poco o nada utilizado, pues los objetos de uso cotidiano, especialmente los adornos como broches de cinturón, cuentas de collar, anillos, botones, etc. se fabricaron en bronce.

Tres colgantes amorcillados de bronce debieron ir introducidos, a través de sus aberturas circulares, en argollas o ajorcas macizas de fuste cilíndrico (Figs. 59-61). Se trata de un tipo de joyas extendido por España y Portugal, sobre todo en zonas de la Meseta de intensa celtización, aunque su origen habrá que buscarlo en el Mediterráneo. Han sido calificados como célticos y son característicos de un momento antiguo, como es el paso de la Edad del Bronce a la del Hierro<sup>10</sup>.



Figs. 59-61. Colgantes amorcillados.

Los botones son otro testimonio representativo de la época que nos ocupa. Están realizados en bronce y se caracterizan por tener un cuerpo cónico, en su mayor parte hueco, y un travesaño en la base para poder coserlo a la tela (Fig. 62). Los aparecidos en Cortes y La Torraza se fechan entre los siglos VII y V y los de La Hoya desde el siglo IX al IV a. de C., pues tienen una gran perduración<sup>11</sup>.

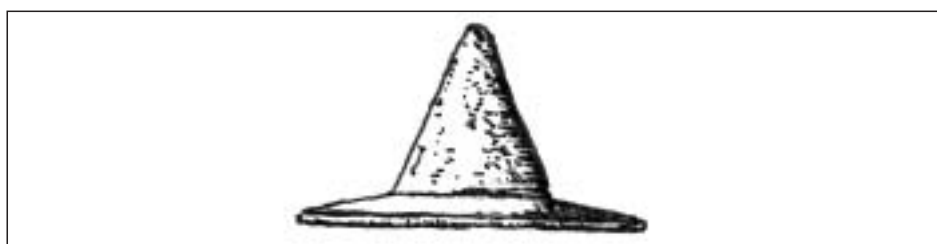


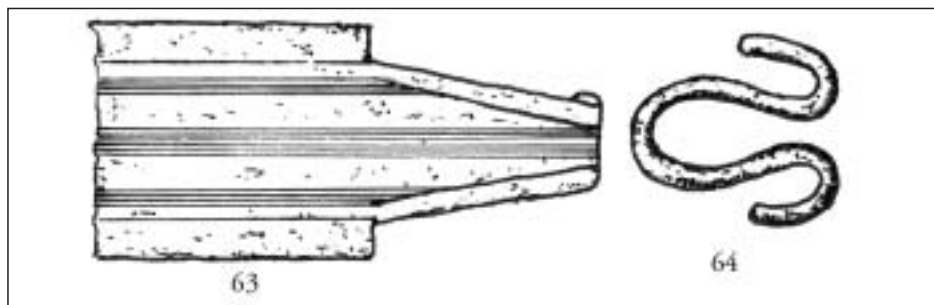
Fig. 62. Botón

Otro testimonio de esta época es un broche de cinturón céltico en bronce. La pieza macho configura una placa rectangular que disminuye en trapezoide hacia el garfio incurvado; la pieza hembra adopta forma serpentiforme y la varilla circular se vuelve en los extremos (Figs. 63 y 64). Prototipos o anteceden-

<sup>10</sup> LABEAGA MENDIOLA, J.C., “Los colgantes del poblado protohistórico de La Custodia, Viana (Navarra)”, en *XVIII CNA*, Canarias, 1985, Zaragoza, pp. 714 y 715.

<sup>11</sup> CAPRILE, P., “Estudio de los objetos de adorno del Bronce Final y Edad del Hierro en la provincia de Álava”, *EAA*, 14, Vitoria, 1986, p. 196.

tes lejanos de este broche se encuentran en la cultura hallstática centroeuropea del sur de Alemania. Ejemplares más cercanos proceden de las necrópolis de incineración de la Meseta Nororiental, sobre todo de Guadalajara, y todavía más cercanos los del Castillo de Henayo, La Hoya y Cortes. Suelen fecharse alrededor del siglo VI a. de C., es decir en plena Primera Edad del Hierro<sup>12</sup>.



Figs. 63-64. Broche de cinturón.

Disponemos igualmente de una serie de herramientas de hierro, propias sobre todo de las actividades agrícolas y artesanales, pero que, por razones metodológicas, preferimos incluirlas en la II Edad del Hierro, ya que en el periodo que ahora nos ocupa tan sólo debió de ser posible una incipiente metalurgia del hierro.

Evidencias de agricultura son los numerosos molinos de piedra recogidos por todo el poblado, pues cada vivienda disponía del suyo. Se trata del tipo llamado barquiforme o de vaivén, por la forma abarquillada y por el sistema de molduración del cereal a mano, o mediante una piedra que se deslizaba a lo largo de la superficie curvada, con movimientos de vaivén, o mediante una piedra machacadora (Fig. 65). Este tipo de molinos fue propio de la I Edad del Hierro, aunque no exclusivo, pues coexistiría en la II Edad del Hierro con los molinos circulares de técnica más avanzada.



Fig. 65. Molinos barquiformes.

<sup>12</sup> LABEAGA MENDIOLA, J.C., "Los broches de cinturón del poblado de La Custodia, Viana", en *TAN*, Pamplona, 1992, pp. 317-336.

Aunque estos escasos materiales tienen un valor relativo, por proceder de superficie, sin embargo, nos obligan a constatar la ocupación definitiva y permanente del poblado durante la Primera Edad del Hierro y proporcionan una visión, aunque sea parcial, de la cultura material de sus gentes y de su evolución a lo largo de esa época. Por otra parte, tales evidencias presentan estrechos paralelismos con los materiales de otros poblados del Valle del Ebro datados en la misma edad. A pesar de todo, resulta complejo precisar lo que ocurrió en el poblado durante cerca de medio milenio, pero sí que aumentó su superficie habitada para albergar a una mayor población, ya que los restos aparecen muy dispersos. No obstante, hemos constatado una menor extensión con respecto a la de la etapa posterior celtibérica.

En este panorama cultural, como no podía ser menos, se integraron elementos de la Edad del Bronce peninsular, pero el poblado quedó configurado como nuevo respecto a la etapa precedente, de tal forma, que es difícil explicar su formación por una mera evolución cultural de la población autóctona, sino por un aporte poblacional poseedor de una cultura distinta de rai-grambre centroeuropea. Parece que hubo pues una renovación de base humana, no se trata de un fenómeno meramente cultural, de una simple aculturación, que no tuvo necesariamente que ser cuantitativamente muy importante y que es imposible cuantificar.

No ha de entenderse tampoco como una sustitución de poblaciones, sino que sobre una base autóctona con una cultura tradicional se superpuso un nuevo elemento humano que aportó novedades materiales y el rito de incineración. Esta integración condujo a consolidar una cultura que se repite, sin apenas diferencias, por otros yacimientos del espacio regional que han ofrecido materiales arqueológicos similares. Llama poderosamente la atención la poca evolución de la cultura material, pues da la impresión de anquilosamiento. Las influencias ibéricas, con la llamada cultura celtibérica, vendrán a sacarla del largo letargo. Comienza la Segunda Edad del Hierro.

### 3. LA SEGUNDA EDAD DEL HIERRO. ETAPA CELTIBÉRICA

Con el término celtíberos podemos referirnos a una etnia, una lengua, una religión y una cultura material. Las fuentes romanas (Estrabón 3,4, 13 y 3,4, 19) llamaron celtíberos a los pueblos que habitaban la parte oriental de la Meseta Norte: belos, titos, arévacos, lusones, etc. Hoy, aun manteniendo esta estricta acepción, se extiende el nombre a todos los pueblos poseedores de cultura celtibérica con unas características bien definidas. La Celtiberia fue pues no sólo el territorio habitado por los celtíberos y las cuencas del Duero donde se gestó la cultura, sino, de modo amplio, el territorio donde penetró y se desarrolló la cultura celtibérica. Así, abarca todos los territorios hispánicos del Sistema Ibérico y cuencas del Duero y Tajo, parte oriental del Sistema Central y Depresión del Ebro, es decir todo lo que está fuera del área ibérica (Cataluña, Levante, Andalucía, y las tierras del Norte y Noroeste peninsular). La Celtiberia rebasó las fronteras étnicas de los celtíberos y comprende igualmente a otros pueblos como los carpetanos y los berones, que aquí nos interesan<sup>13</sup>.

<sup>13</sup> SACRISTÁN DE LA LAMA, J.P., *La Edad del Hierro en el Valle Medio del Duero, Rauda (Roa, Burgos)*, Valladolid, 1986, pp. 91-93. RODRÍGUEZ COLMENERO, A., "Augusto e Hispania. Conquista y or-

La cultura ibérica se desarrolló en Levante, Andalucía y Cataluña a partir de la población autóctona y las influencias que se recibieron del Mediterráneo Oriental, a través del comercio, desde principios del primer milenio a. de C. Estas influencias son púnico-fenicias, griegas e itálicas. Hacia los siglos VII-VI a. de C. se documenta esta cultura en la Meseta Oriental y en el sistema Ibérico, área nuclear de la Celtiberia histórica, y que engloba la cabecera del Tajo y sus afluentes, el Alto Jalón y el Alto Duero. Su máximo esplendor se sitúa hacia el siglo V a. de C. El origen de la cultura celtibérica en el interior de la Península fue un proceso de iberización que modificó las influencias indoeuropeas de los primeros celtas.

El celtiberismo fue un fenómeno cultural, no racial por la fusión de dos pueblos, que consistió en el trasvase de elementos culturales ibéricos sobre las gentes del interior peninsular de tradición celta. Su expansión siguió las vías naturales de comunicación, sobre todo los valles de los ríos. Lógicamente, el impacto cultural del mundo ibérico influyó más poderosamente y de forma directa a las gentes, luego llamadas celtibéricas, situadas a lo largo de una de las vías principales de comunicación y penetración de los influjos ibéricos, como es el Valle del Ebro. Desde aquí, esta corriente cultural penetró hacia el interior, Meseta Norte, por otros caminos, especialmente por el Valle del Duero y a la Meseta Sur por otras vías.

La evolución de las gentes de La Custodia, que venía produciéndose a través de las Edades del Bronce y del Hierro I, culminó con la llegada de la cultura celtibérica, que fue aceptada por la población de tradición celta. Para este yacimiento se abrió un periodo nuevo, que llamamos celtibérico, encuadrable en la Segunda Edad del Hierro. Más que el aporte de contingentes externos de nueva cultura, la población existente fue sometida a un proceso de aculturación, debido a un desarrollo progresivo, aunque lento, de la propia cultura y de la dinámica interna del poblado, a lo que hay que añadir los factores de las influencias comerciales que circulaban por el Valle del Ebro de las que dan fe algunas evidencias de cultura material.

Advertimos la imposibilidad de fijar unos límites cronológicos exactos para esta fase celtibérica, que ambiguamente también podría llamarse prerromana. El comienzo de este periodo es impreciso, porque no a todos los lugares llegó la cultura celtibérica de manera sincrónica, ni tuvo la misma duración y desarrollo en los diversos asentamientos. Para el inicio de la etapa se toma como señal visible la utilización del torno del alfarero, que en el valle del Ebro y según varios autores parece prudente colocarla durante el siglo IV o paso al III a. de C. Para algunos poblados navarros, Peña del Saco de Fitero, la implantación de la cultura celtibérica con las primeras cerámicas torneadas debió de tener lugar hacia el 350 a. de C. Marcos Pous afirma que la técnica torneada llega al área berona ya durante el siglo III<sup>14</sup>.

ganización del Norte peninsular”, *Cuadernos de Arqueología de Deusto*, 7, Bilbao, 1979, pp. 205-208, mapa p. 193. BURILLO, F., “Sobre el territorio de los Lusones, Belos y Titos en el siglo II a de C.”, *Estudios en homenaje al Dr. Beltrán Martínez*, Zaragoza, 1986, pp. 529-549.

<sup>14</sup> MALUQUER DE MOTES, J., “Notas estratigráficas del poblado celtibérico de Fitero (Navarra)”, *PV*, Pamplona, 1965, pp. 331-342. CASTIELLA, A., *La Edad del Hierro... op. cit.* p.402. MARCOS POUS, A., *Trabajos arqueológicos en la Libia de los Berones*, Logroño, 1979, p. 102. BURILLO MOZOTA, F., *El Valle Medio del Ebro en la época ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*, Zaragoza, 1980, p. 327.

Otros, en cambio, mantienen que este proceso surgió en fechas tempranas en las áreas meridionales navarro-alavesas, dadas las fechas radiocarbónicas que se están obteniendo para estos territorios, como en La Hoya, mediados del s. V-mediados del IV a C., por lo que el desarrollo del celtiberismo en estas zonas se desarrolló tempranamente <sup>15</sup>.

La consolidación de la cultura celtibérica en la etapa, llamada por algunos, Plena o Clásica, abarcaría de lleno el siglo II a. de C. Es en estos momentos cuando ya se encuentra bien formada y desarrollada. Los conjuntos materiales, sobre todo cerámicos, presentan en todos los poblados una notable uniformidad y muestran claramente una dependencia comprobada con las formas y decoraciones ibéricas, sobre todo con las geométricas, que han sido perfectamente asimiladas.

El desarrollo del Celtiberismo Pleno ya coincide con el inicio de la conquista romana y su consiguiente influencia, influencia que no frenó ni perturbó, de momento, el desarrollo cultural de los indígenas, sino que posiblemente actuó de revulsivo de la propia cultura material. Los nuevos conquistadores no demostraron excesivo interés en ahogar la idiosincracia de los diversos pueblos, sino más bien en controlarlos políticamente. La auténtica romanización tendría que esperar al cambio de era, por lo que no se dieron las condiciones óptimas para una auténtica aculturación. Otra cosa es que aparezcan, como sucede en La Custodia, elementos culturales romanos, como algunas cerámicas campanienses, pero en una proporción tan poco significativa, que no han de entenderse como prueba de una romanización plena, sino como cuerpos extraños a la cultura indígena.

Para el final de esta etapa, además de la información que proporcionan los materiales arqueológicos relacionados con una incipiente romanización, existen ya las primeras noticias de los autores grecorromanos propiciadas por el trasiego de los ejércitos republicanos en el Valle del Ebro. El final de la Edad del hierro II supuso el final de la Prehistoria y el comienzo de los tiempos históricos.

La fase celtibérica se caracterizó principalmente por una serie de elementos de la cultura material en los que, en su conjunto, se aprecia una fuerte personalidad, que no quiere decir exclusividad, pero asimismo compartida, aunque con diversos grados, con otros grupos culturales. Se impusieron unas nuevas tecnologías en la producción alfarera, sobre todo con la introducción del torno rápido, que revolucionaron las formas y tamaños de las vasijas, y surgió una nueva estética en la decoración cerámica que lleva el calificativo de celtibérica.

Otro elemento definidor de esta época fue la adopción de la metalurgia del hierro, que aunque ya conocido en el Valle del Ebro como ocurre en Cortes hacia el siglo VI a. de C., quizás por influencias fenicias o focenses, es ahora cuando se generalizó su uso en armas y herramientas. No obstante, los objetos de uso personal, utilitarios o de adorno, siguieron elaborándose en bronce, complementado con nielados de plata e incluso chapeados en oro.

<sup>15</sup> LLANOS, A., "El desarrollo de la metalurgia y de las estructuras urbanas. El Bronce Final y la Edad del Hierro en el País Vasco", *Bajo Aragón, Prehistoria*, Zaragoza, 1993, p. 164.

La introducción de los molinos circulares rotatorios, ya conocidos desde hacía tiempo en el sur peninsular gracias a los contactos con fenicios y griegos, supuso un gran avance técnico sobre los molinos llamados barquiformes.

Además de estas manifestaciones de cultura material hay que añadir otros elementos distintivos importantes de indudable personalidad, como es la lengua, las instituciones y la religión.

Hay que resaltar que el poblado de La Custodia gozaba de una posición geográfica envidiable para recibir el impacto cultural de los pueblos ibéricos por estar enclavado en el Valle del Ebro y por tener unas circunstancias sociológicas y económicas idóneas para asimilar fácilmente nuevas formas culturales. Tanto si incluimos o no a los celtas berones en el conglomerado de pueblos celtíberos propiamente dichos, la cultura celtibérica del poblado fue fruto de la etapa más identificada y definida, pues supuso el apogeo del poblado y el mayor florecimiento cultural de sus habitantes.

Aunque los cambios culturales raramente se producen por situaciones bruscas, sino que requieren pasos graduales, el tránsito a la cultura celtibérica da la impresión de que fue muy rápido, el celtiberismo inicial ya debió de ser bastante maduro.

Numerosos elementos de cultura material aparecidos en La Custodia, como son los restos muebles, evidencian lo dicho, pues pueden ser fiel reflejo de transformaciones más o menos profundas y claramente identifican arqueológicamente al mundo celtibérico. La arqueología y no la historia es la que hace efectiva esta periodización. Estos cambios en los materiales arqueológicos se debieron de traducir en importantes cambios sociales, en definitiva, surgió una nueva sociedad dotada de gran vitalidad.

Elemento cultural muy importante e indicativo de esta fase fue la cerámica torneada, que presenta rasgos específicos, tanto técnicos como tipológicos. La nueva tecnología alfarera proviene de la cultura ibérica y se difundió rápidamente a través del Valle del Ebro, la llegada y utilización del torno hay que situarla en estas tierras hacia el final del siglo IV a. de C. La cerámica llamada celtibérica desarrolló una variada gama de formas y tamaños, perfeccionó las pastas y decoró los vasos con trazos pintados a pincel.

Los vasos a torno de La Custodia exhiben una buena técnica, por la selección de las arcillas consiguieron texturas finas y gracias a los hornos de alta temperatura pastas compactas y homogéneas; tienen perfiles suaves, curvilíneos y gama de colores variada: rosado, ocre, amarillento, grisáceo, rojizo (Fig. 66). Sus decoraciones son siempre geométricas de tonos marrones, vínaceos o negros: líneas rectas y onduladas, círculos y semicírculos, rombos, retículas y la tipología variada: cuencos semiesféricos o acampanados, ralladores, jarras, tazas, copas, embudos, etc. y una gran variedad de tinajas de almacenamiento de perfiles globulares. Otros objetos cerámicos son las cajitas con adornos excisos, las bolas con adornos incisos, las fusayolas y las pesas de telar.

Otro rasgo definidor de esta nueva cultura fue la aparición del molino circular giratorio, que supuso una mejora técnica y económica, y que consiste en dos piedras, una solera fija y otra volandera que giraba accionada manualmente sobre la anterior. Son numerosos y variados los ejemplares recogidos por todo el poblado (Fig. 67).



Fig. 66. Vasija a torno pintada.



Fig. 67. Molino giratorio.

Durante este periodo debió de generalizarse en el poblado el hierro, utilizado especialmente para la fabricación de herramientas en relación con la agricultura, los diversos oficios artesanos o el hogar. La lista es larga: picos, martillos, rejas, filos de hoces y de cuchillas, sierras, escarpas, hachas, cuñas, clavos, ganchos, agujas, puntas y regatones de lanzas, etc. La perfección de estos útiles demuestra un pleno desarrollo de las técnicas metalúrgicas. Grandes cantidades de escoria evidencian una metalurgia local.

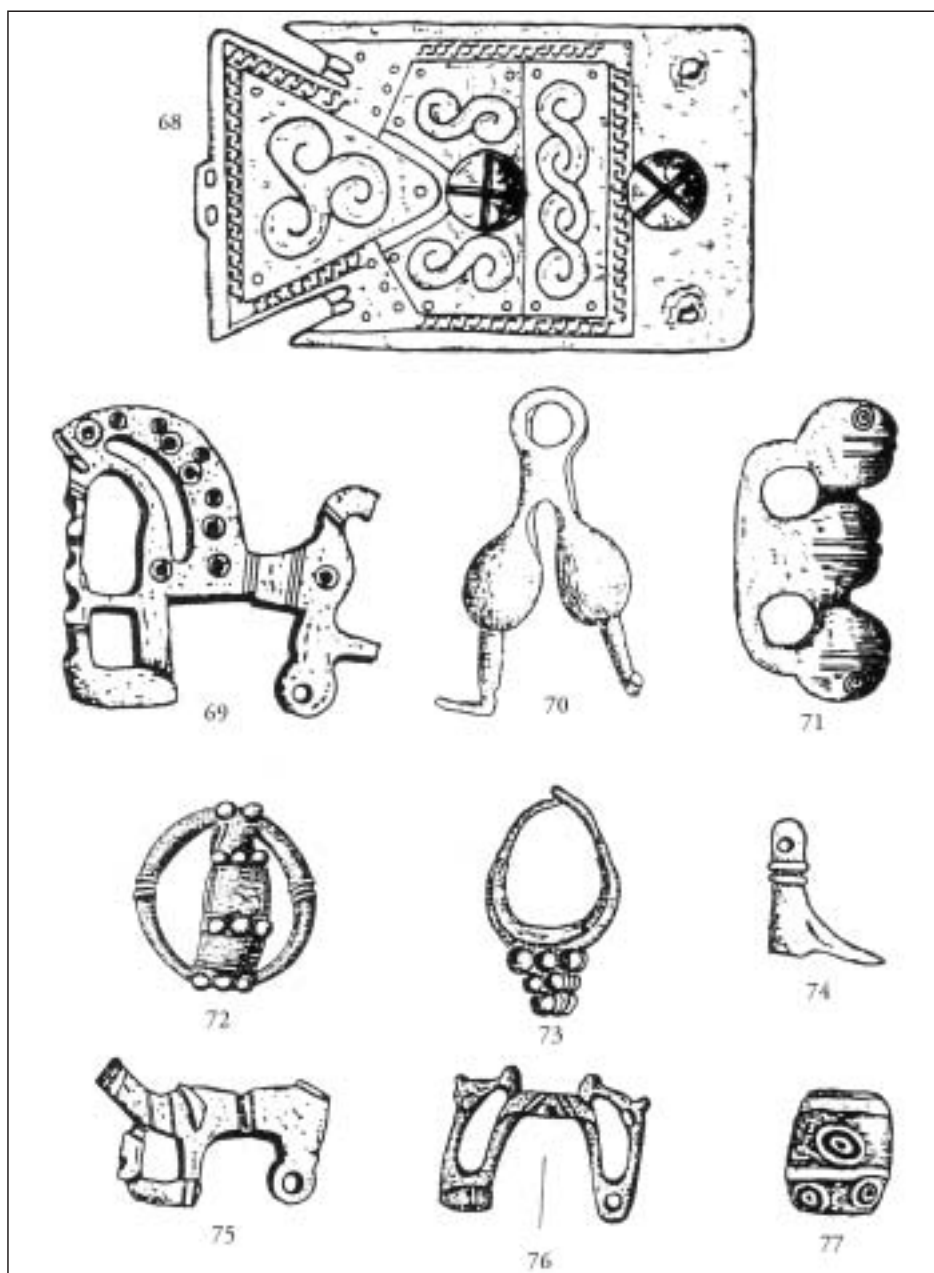
Pero sobre todo destacó la metalurgia del bronce con la fabricación de objetos de adorno para la comunidad local de una utilidad más o menos práctica. Presentan una gran variedad: broches de cinturón, fibulas, colgantes, torques, pulseras y anillos, pendientes, pasadores, atalajes de caballo, armas. Han sido recogidas piritas de cobre y tortas de plomo y un molde para la fabricación de un pendiente, lo que comprueba el desarrollo de una metalurgia propia.

Sobresalen los broches de cinturón con escotaduras laterales, llamados celtibéricos, con nielados de plata y oro, que se ponen de moda a partir de



mediados del siglo V a. de C. (Fig. 68). Las fíbulas alcanzaron su mayor vistosidad y ofrecen variada tipología: anulares hispánicas, de la Tène o de pie vuelto, simétricas, zoomorfas, (Figs. 72, 76, 75 y 69), que cronológicamente abarcan un periodo comprendido entre el siglo IV a. de C. hasta la romanización, en el siglo II a. de C. Los colgantes con orificio de suspensión tuvieron una finalidad mágica y sirvieron como amuletos (Figs. 70, 74), y utilizaron pasadores y pendientes (Figs. 71 y 73).

Las cuentas de pasta vítrea, en forma de cilindro o discoidales, proceden del comercio púnico (Fig. 77). Aparecen en Ibiza, Ampurias, los castros meseteños y su utilización se generalizó hacia los siglos V-IV a. de C.



Figs. 68-77. Broche de cinturón, fíbulas, colgantes y cuenta.

Los contactos comerciales y las mutuas influencias con los pueblos de la Meseta fueron muy grandes. Los restos materiales ya aludidos, sobre todo los metálicos y en especial las fibulas, pertenecen a unos tipos tan generalizados, que ofrecen unas similitudes sorprendentes con otros meseteños, incluso bastante alejados. Todo ello muestra que la cultura llamada celtibérica presenta una gran uniformidad en ambas vertientes del Sistema Ibérico y en otros territorios próximos. Esta cultura sufrió pronto una gran crisis al entrar en contacto con la traída y más o menos impuesta por los invasores romanos.

Este periodo celtibérico supuso el apogeo del poblado con un importante núcleo urbano de población, que se extendió por toda la zona entre ríos. A su crecimiento demográfico colaboró probablemente la desaparición de algunos poblados cercanos; surgió una ciudad con personalidad propia, con un control efectivo en un extenso territorio sobre un poblamiento de pequeños asentamientos satélites; tuvo el poder político, económico y social de la zona y gozó de gran vitalidad gracias al comercio y los recursos económicos.

#### 4. TESTIMONIOS DE ROMANIZACIÓN

La cultura celtibérica estaba presente en el poblado de La Custodia con todo su esplendor hacia el siglo II a. de C. En una fecha bastante temprana se constata la llegada de los primeros influjos de la romanización, que habrá que entender más por una serie de elementos culturales nuevos, hasta entonces aquí desconocidos, que por un aporte humano de población. El poblado va a vivir su última y definitiva etapa antes de desaparecer hacia el cambio de Era, pero mantuvo hasta el final los rasgos de su propia personalidad, aunque enriquecida con las nuevas aportaciones de la conquista romana.

El proceso de romanización es un fenómeno complejo, porque es difícil precisar la actitud de los pueblos indígenas frente a la asimilación de unos nuevos modos de vida traídos por los conquistadores, modos de vida que incluyen muchos y diversos aspectos económicos, sociales, culturales y políticos.

Gracias a los evidentes materiales arqueológicos se documenta en el Valle del Ebro el comienzo lento de este proceso a comienzos del siglo II a. de C. Por otra parte, además de estos restos, ya existen fuentes escritas de los historiadores greco-romanos para atestiguar lo dicho. Está claro que esta incipiente romanización discurrió en estas tierras paralelamente a la intervención militar, pues a comienzos del siglo II a. de C. las tropas de los ejércitos romanos estaban presentes a lo largo del Valle Medio del Ebro, con ocasión de la campaña de Catón, en el 195 a. de C. Al poco tiempo, en el 180-179, Tito Sempronio Graco fundó *Gracurris*, Alfaro, como base de operaciones, y se dio por concluida la guerra de conquista del Valle del Ebro. Los núcleos indígenas se integraron paulatinamente, unos más que otros y de manera distinta, dentro de la órbita romana.

Esta incorporación de las sociedades indígenas a la nueva cultura traída por los invasores fue un proceso largo y lento, porque no consistió únicamente en una sustitución de unos módulos culturales propios por otros aje-

nos. Era más fácil cambiar la ley, la administración, e incluso la lengua, que las mentalidades, las creencias religiosas o muchas de las formas artesanas de trabajar. Hay que contar siempre con una persistencia indígena de apego a su idiosincracia, a sus costumbres y modos de vida. El proceso romanizador actuaba en cada lugar de manera distinta, según su estado cultural, y por supuesto con mayor intensidad en los núcleos urbanos, y en la proximidad de las vías de comunicación. En todo este largo proceso habrá que tener en cuenta el papel importante que tuvo el ejército romano y los mercenarios indígenas que en él sirvieron.

No parece que hubiera un cambio brusco, ni ruptura, ni suplantación de una cultura por otra; se dio un proceso de lenta asimilación en el que se aceptan unas novedades, sobre todo materiales, aunque el indigenismo celtibérico pervivía en muchos aspectos. Parece que una vez que los conquistadores controlaron los territorios, se mostraron tolerantes con sus habitantes, respetaron todo lo que no se oponía a sus intereses, consolidaron todo lo que les interesaba e intentaron integrar, sobre todo, a las elites. Fue a partir de la época de César y Augusto cuando Roma impuso su propio ritmo, Hispania quedó planificada como provincia romana y lo indígena se fue perdiendo poco a poco.

Muchos son los que sostienen que la sociedad indígena no se resignó a aceptar pasivamente todo lo que venía del exterior e ir poco a poco extinguiéndose, sino que supo conservar algunos elementos bien arraigados y vivos que coexistieron con los propiamente romanos. Algunos resumen la cuestión así: ni resistencia indígena ni imposición romana, sino cooperación armoniosa entre el poder central aglutinador y las tribus con sentimientos localistas.

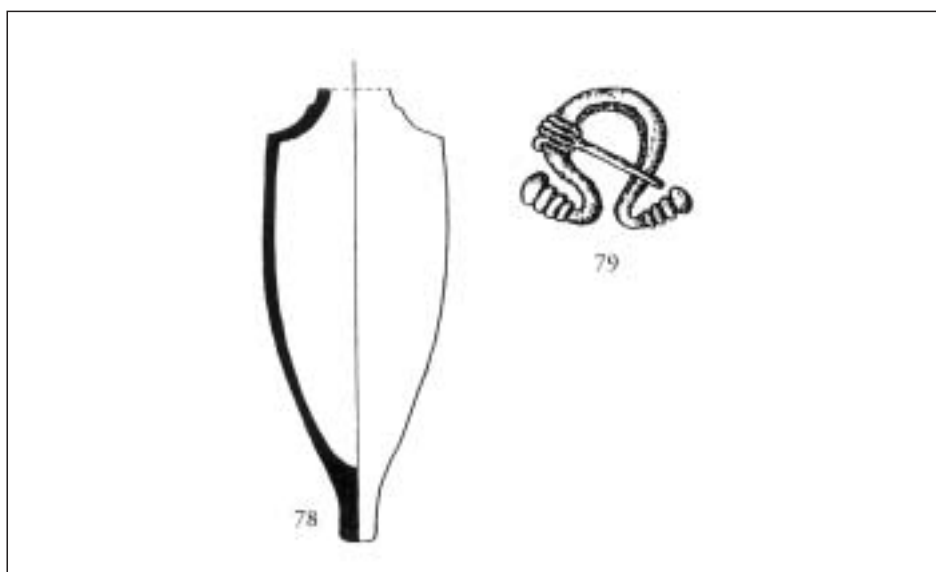
Dentro del conglomerado de materiales arqueológicos procedentes de La Custodia, un grupo minoritario de ellos, aunque esmerado, pertenece a la cultura romana y comprueba que hasta aquí han llegado los nuevos influjos de los conquistadores. Estas evidencias consisten en algunas cerámicas campanienses y comunes, objetos de bronce, fíbulas y monedas<sup>16</sup>.

La cerámica campaniense es el elemento arqueológico que es capaz de fechar la época romana-republicana y que en este caso ayuda a resolver la cronología del poblado en su fase final, puesto que faltan las cerámicas sigillatas que por estas tierras se fechan hacia la primera mitad del siglo I. d. de C. Las cerámicas itálicas barnizadas de negro, llamadas campanienses y que aparecen durante los siglos II y I a. de C., son fruto de la penetración imperialista romana en la Península y debieron de llegar a este poblado por la vía del Ebro. Se han recogido unos cien fragmentos de sus tres variedades, A, pasta rojiza, B, pasta amarillenta, y C, pasta gris, y sobresalen algunas páteras con adornos de círculos concéntricos. Otra variedad de cerámicas romanas, catalogadas bajo el genérico nombre de comunes, manifiesta igualmente los influjos de la nueva cultura y citamos una vasija-mor-

<sup>16</sup> LABEAGA MENDIOLA, J. C., "Copas de pie alto en La Custodia, Viana (Navarra)", en *CNA*, XVII, Logroño, 1983, Zaragoza, 1985, pp. 573-584; "Algunos materiales romanos del poblado de La Custodia, Viana", *III Congreso General de Historia de Navarra*, Pamplona, 1994. CD.ROM, Pamplona, 1998.

tero de época republicana y varias ánforas, probablemente vinarias (Fig. 78).

También las fíbulas romanas escasean, seis ejemplares, con relación a las anulares hispánicas y de La Tène que suman 200 piezas. Cinco fíbulas de bronce tienen forma de omega (Fig. 79), tuvieron amplia dispersión por todo el Imperio y algunos sitúan su presencia en la Península a partir del año 133 a. de C. por los ejemplares hallados en Numancia<sup>17</sup>. Se ha recogido tan sólo un ejemplar de fíbula de charnela, tipo Aucissa, de bronce, encuadrable en el siglo I a. de C., con larga perduración, muy difundida en la Península y en relación con los asentamientos militares romanos<sup>18</sup>.



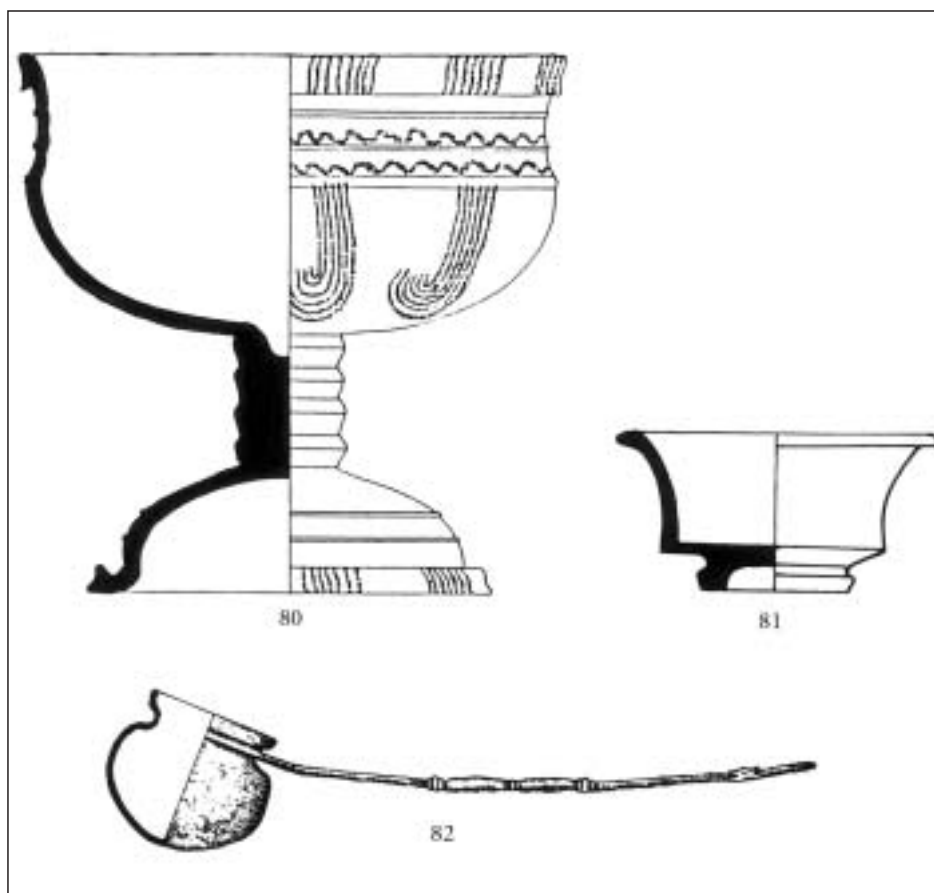
Figs. 78-79. Ánfora y fíbula.

El hallazgo de un conjunto de tres piezas (copa de pie alto, vaso campaniense y cazo de bronce) (Figs. 80-82), asociados cultural y cronológicamente es del mayor interés para el tema que ahora nos ocupa. La copa de amplia base y largo vástago con anillos soporta una vasija carenada con asa acodada decorada con pinturas de eses y trazos curvos con reticulados, su perfil es tardoceltibérico ya influenciado por algunos vasos romanos. Al parecer, la tendencia a elevar el tronco arranca de la páteras de imitación campaniense de finales del siglo II a. de C. y no parecen haber sido usadas antes del 133 a. de C.<sup>19</sup>.

<sup>17</sup> SANZ GAMO, R., LÓPEZ PRECIOSO, J. y SORIA COMBADIERA, L., *Las fíbulas de la provincia de Albacete*, Albacete, 1992, p. 251. Abundante bibliografía sobre este tipo de fíbulas.

<sup>18</sup> La cronología de este tipo de fíbulas en la Galia entre el 25 a. de C. al 50 d. de C., LERAT, L., "Les fibules de la Gaule romaine", en *Dossiers de l'archéologie*, 28, Fontaine-les-Dijon, 1978, pp. 106 y ss. Un ejemplar de Pompaelo en ERICE, R., "Fíbulas del Museo de Navarra", en *CNA*, VII, Zaragoza, 1985, pp. 631 y ss.

<sup>19</sup> WATTEMBERG, F., *Las cerámicas indígenas de Numancia*, Madrid, 1963, pp. 44, 104 y 106. CASTIELLA, A., *La Edad del Hierro en Navarra y Rioja*, Pamplona, 1977, p. 345 y ss. SANZ MÍNGUEZ, C., *Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del Valle Medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero, Valladolid*, Salamanca, 1998, p. 288.



Figs. 80-82. Copas de pie alto, campaniense y cazo.

El segundo vaso cerámico aparecido junto al anterior pertenece a la forma Lamboglia 2, campaniense B, y su cronología abarca desde el 150 al cambio de Era. Finalmente, la tercera pieza es un cazo de bronce, *simpulum*, con mango incurvado en cabecita de perro; su tipología, propia del mundo griego y etrusco, aparece en la península con la Romanización, fueron fabricados en Italia del Norte e introducidos en el litoral mediterráneo con los cargamentos de cerámica campaniense. En la Península se les adjudica una cronología de hacia mediados del siglo I a. de C.<sup>20</sup> Como resumen a estas tres piezas, la copa elevada, ya de influencia itálica, sería torneada en el propio poblado, mientras que las otras dos son producto del comercio de importación romano a través del Ebro.

Otra señal clara de la temprana influencia romana del poblado son las monedas; las rotuladas en ibérico pertenecen a dieciocho cecas distintas y abarcan una gran zona que se extiende desde la Celtiberia hasta el Medite-

<sup>20</sup> BLÁZQUEZ, J.M., "Pocula de Museo Arqueológico Nacional de Madrid", en *Homenaje al prof. C. Mergelina*, Murcia, 1962, pp. 198-199. BELTRÁN LLORIS, M. *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*, Zaragoza, 1976, pp. 167 y 171. PERRIN, F., "Le site de la Chuire et l'isle Crémien a l'age du fer. Les Alpes a l'age du fer", *Revue archeologique de narbonnaisse*, Supplément, 22, Paris, 1991, pp. 25-27.

rráneo, con predominio, como es lógico, de la Cuenca del Ebro, tanto hacia el norte como hacia el sur. El centro de mayor emisión de moneda es la ceca de *Baskunes*, (Fig. 83), pero destacamos las acuñaciones de *Uarakos*, que aunque acuñó escaso número de ejemplares, los seis aparecidos en La Custodia indican una relación especial con el propio poblado.



Fig. 83. Moneda de Baskunes.

Cabe resaltar una moneda republicana de plata acuñada por el triunviro *Cneo Blasio* para eternizar la memoria de Escipión el Africano, que se fecha en el 105 a. de C. (Fig. 84). Asimismo, las hispano-romanas de *Calagurris*: un as de bronce de Octavio Augusto, acuñada por los dunviros *L. Baebius Priscus* y *C. Granius Brochus* (Fig. 85), y un semis de bronce de Tiberio, acuñada por *L. Val. Flavo.* y *T. Val. Merula.* AE. entre el 14 y el 37 d. de C.<sup>21</sup>.



Figs. 84-85. Monedas romanas: republicana y de Calahorra.

<sup>21</sup> LABEAGA MENDIOLA, J. C., "Las monedas de Uarakos y Calagurris en el poblado berón de La Custodia, Viana (Navarra)", en *Berceo*, 118-119, Logroño, 1990, pp. 131-148.

Todas las monedas constatan la presencia de la cultura romana en el poblado y suponen un gran comercio a través del Ebro en función de la compraventa de productos, pagos fiscales, tributos de las tribus y salarios a los mercenarios indígenas reclutados por el ejército romano.

Una clara prueba de romanización fue la extensión de la nueva lengua, el latín, que se abrió paso principalmente a través del ejército invasor y lógicamente las tropas indígenas mercenarias lo aprendieron. No es que se impusiera forzosamente a los habitantes de los poblados indígenas, porque siguieron hablando las lenguas peninsulares. En algunos casos se llegaría a un bilingüismo. Los epígrafes monetales anotan al principio exclusivamente rótulos ibéricos, en un segundo paso son bilingües, ibérico-latinos, y a partir del 45 a. de C. desaparece este bilingüismo en favor únicamente del latín.

Las monedas de *Uaracos* tan sólo llevan el epígrafe en ibérico con el nombre de la ciudad, y no avanzan hacia el bilingüismo porque la temprana destrucción del poblado de La Custodia impidió la acuñación de moneda bilingüe o con rótulo únicamente latino (Fig. 469). En este caso, los textos de las téseras de hospitalidad comprueban el uso del celtibérico en sus relaciones sociopolíticas<sup>22</sup> (Fig. 86). La huella del latín no la podemos comprobar, muchos indígenas no aprenderían esta nueva lengua, pero sí los mercenarios al servicio de Roma que habían participado en las campañas militares y algunas elites de comerciantes, que actuaban principalmente, a través del Ebro, vendiendo sus productos agrícolas y artesanos y comprando metales y objetos de lujo de importación. Únicamente se ha recogido una plaquita metálica con la inscripción de números romanos (Fig. 538).

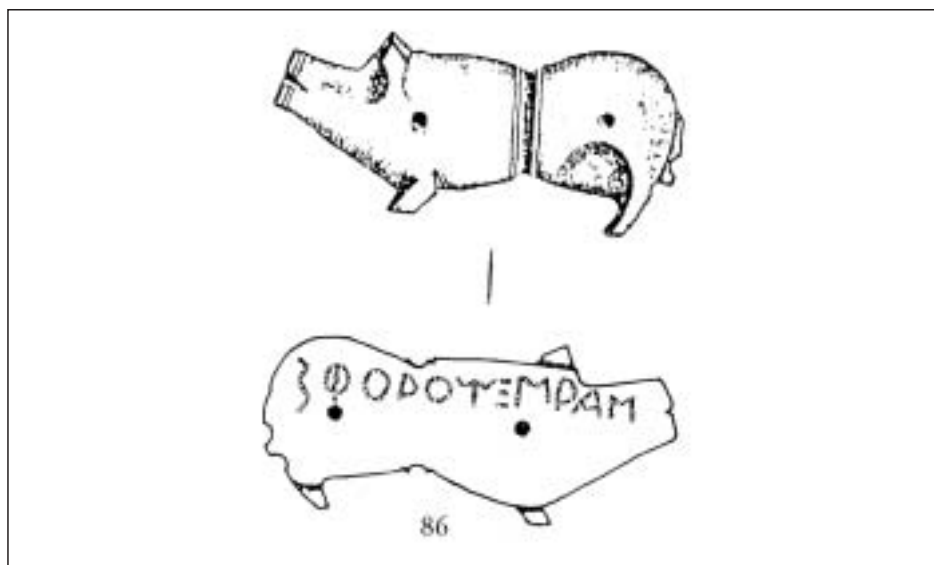


Fig. 86. Tésera de hospitalidad.

Como conclusión, cabe plantear el grado de romanización de La Custodia y deducir que, salvo nuevos materiales de excavación, no se romanizó en

<sup>22</sup> UNTERMANN, J. y LABEAGA MENDIOLA, J.C., "Las téseras del poblado prerromano de La Custodia, Viana (Navarra), Descripción, epigrafía y lingüística", *TAN*, 11, Pamplona, 1993-1994, pp. 45-53.

sentido estricto, pues su urbanismo ya debía de estar fijado; los restos de la cultura material romana, además de ser poco numerosos en comparación con los autóctonos, no son suficientes para comprobar una auténtica romanización, falta el latín y, en cambio, está vigente la lengua celtibérica.

Por otra parte, los escasos restos culturales, sobre todo los cerámicos, como los vasos campanienses, y metálicos, como las fíbulas y un cazo, han de considerarse como productos comerciales adquiridos por algunas elites como novedad y prestigio. A ello hay que añadir que el desarrollo de la nueva cultura, que requería un largo proceso, fue interrumpido violentamente por la intervención romana en una época imprecisa, pero alrededor del cambio de Era, por lo que no hubo tiempo para una auténtica romanización, que, como veremos después, se traslada a otros asentamientos periféricos.

Unas pocas monedas más tardías, las acuñadas en Calahorra, no comprueban la perduración del poblado en esas fechas, pero por lo menos, la seguridad de la desaparición del poblado antes de la primera mitad del siglo I d. de C. es absoluta por la falta de la cerámica sigillata. Preferimos hablar más de aparición de algunos productos de la nueva cultura que de romanización en este poblado indígena que ya gozaba, a la llegada del conquistador, de un gran desarrollo cultural.